

ción de que sus súbditos se hallaban poseídos; pero el Papa se negó á todo compromiso.

Los edictos de 5 de Julio, 5 y 31 de Octubre, 4 y 5 de Noviembre de 1831 reformaron la administración municipal, la justicia civil, la criminal, instituyendo consejos provinciales.

Estos edictos fueron para los italianos como una decepción, por lo que reformándose las sociedades secretas, asomó de nuevo su cabeza la insurrección, hasta el punto de que Gregorio XVI se creyó precisado á invocar el auxilio de los austriacos, el cual no se hizo esperar mucho.

Este suceso dió un nuevo cariz á los asuntos, puesto que el Austria volvía de nuevo á violar el principio de la no intervención, obediendo con exageración punible las invocaciones de la corte pontificia.

De esta suerte extendía más y más su acción sobre Italia, mientras que la Francia no podía abdicar toda su influencia sobre aquella península donde tantos deseos ha mostrado siempre de ejercerla.

El acto de protesta de Casimiro Perier faltó muy poco para que fuese la tea incendiaria de la guerra, puesto que además de haber ordenado la toma de Ancona el día 7 de Febrero de 1832, el 22 del mismo mes, una escuadra francesa que llevaba un regimiento de línea, arribaba á las aguas de aquella capital.

Se esperó á que anocheciese para efectuar el desembarco, y al siguiente día los soldados franceses, unidos á los del Papa, prestaban el servicio que requería la plaza.

Pero esta acción estuvo muy lejos de ser del agrado de Gregorio XVI que, al ver ondear el pabellón tricolor en sus Estados, protestó con toda energía, haciendo que los ministros extranjeros presentándose ante Perier le pidiesen explicaciones, y como le hablasen del derecho público, el Presidente del Gabinete francés les contestó con cierta energía:

— «El derecho público europeo soy yo, que lo defiendo; ¿creéis cosa fácil mantener los tratados de paz? Pues también conviene que se mantengan los derechos de la Francia.»

Á semejante respuesta los plenipotenciarios nada respondieron, pero tampoco insistieron sobre sus pretensiones, de todo lo cual resultó que el Papa, no pudiéndolo impedir, se adhirió á aquello mismo, sin que los austriacos recogiesen el guante que, con demasiada arrogancia quizás, habían arrojado los franceses.

Sin embargo, veíase claramente que no lo habían recogido, no por falta de deseo, sino porque el Austria no estaba todavía para emprender una guerra, puesto que en sí misma no tenía ninguno de esos principios que, con razón ó sin ella, despiertan y exaltan el patriotismo.

De todos modos, aquel acto valió al Gobierno una influencia entre el pueblo que en vano habría podido esperar, y era la importancia de su fuerza á los ojos del extranjero, y más todavía á los ojos del país.

Entretanto los belgas procuraban sobrellevar, con cuanta resignación les era posible, la dominación de los holandeses, á pesar de diferir de ellos en todo, hasta en las creencias religiosas.

Pero de la paciencia, á la unión definitiva de los dos pueblos para formar uno solo, según pretendía el rey Guillermo, había mucha distancia.

Los belgas no podían de ningún modo agradecer al Rey la material prosperidad de que gozaban, puesto que la ofensa constantemente estaba ante ellos por el atentado inferido á su nacionalidad, con la introducción de la lengua holandesa en los actos oficiales, y con la aplicación á su país de la Constitución de aquella.

Cuando los belgas se apercibieron de los acontecimientos de París el año 1830, la especie de fermentación, si así podemos expresarnos, que ya existía en el ánimo de los oprimidos, tomó más vigor.

La noche del 25 de Agosto, la muchedumbre que salía del teatro, en Bélgica, donde acababa de ver una función cuyo argumento tenía relación con la revolución napolitana, presa del más exagerado entusiasmo, que rayaba en delirio, asalta las casas de los periodistas hostiles y el palacio del impopular ministro Van Maanem.

Aquello, que por la noche no pasaba de ser una asonada, convirtiéndose al siguiente día en verdadera revolución, que aumentando con vertiginosa rapidez, se hacía temible para el poder de los opresores holandeses.

En vista de estos sucesos, el hijo mayor del rey de Holanda corrió inmediatamente á Bruselas, y penetrando en la ciudad por medio de las barricadas, propone la separación del poder legislativo del administrativo, mientras que el Rey destituía al ministro Van Maanem y una diputación belga se trasladaba á el Haya, para negociar.

Pero el rey Guillermo no admite la proposición hecha por su hijo y prepara un ejército, mas la Bélgica, noticiosa de ello, se preparó para rechazarlo con extraordinario vigor.

Los desterrados, á cuya cabeza estaba el publicista Potter, penetran en Bélgica y organizan un Gobierno provisional, mientras que el príncipe Federico, hijo segundo de Guillermo, se presentaba ante los muros de Bruselas á la cabeza de un ejército.

Apréstanse á la defensa los belgas, que se baten con heroico esfuerzo tras de sus barricadas, y después de dos días de encarnizada lucha, el día 5 de Octubre, proclaman la independencia de su país.

El príncipe de Orange da una proclama en la que manifiesta reconocerá la separación de Bélgica y Holanda; pero es inútil semejante proposición, puesto que, según los belgas, la conducta de Guillermo había hecho imposible todo arreglo. En su consecuencia, ya por los hechos anteriores, ya por la conducta de la guarnición holandesa de Amberes que bombardeó la ciudad y quemó su arsenal, hízose doblemente difícil aquel arreglo solicitado, y el día 10 de Noviembre se reunió un Gobierno provisional con objeto de decidir la forma más ventajosa para mantener su santa independencia.

Manifestaba, y no sin fundamento, el partido francés en Bélgica, que se echasen, digámoslo así, en brazos de la Francia, pero la acentuada actitud de Luis Felipe negándose á todo proyecto de anexión sobre Bélgica, desconcertó todos los planes de aquel partido.

Guillermo dirigióse á las potencias firmantes del tratado de Viena, sometiéndoles sus diferencias con los belgas.

Reunidos en Londres los plenipotenciarios de Francia, Rusia, Austria y Prusia dieron comienzo á las negociaciones, que habían de prolongarse durante un espacio de tiempo de más de ocho años.

Impúsose un armisticio á las partes beligerantes, y durante los días del 20 al 27 de Enero del año 1831, se redactaron los preliminares de la separación, que en definitiva solamente fueron favorables á los belgas.

Al mismo tiempo que esto sucedía, el Congreso nacional de Bruselas iba buscando un soberano entre los candidatos que más le agradaban, que eran el príncipe de Luxemburgo, hijo de Eugenia de Beauharnais y el duque de Nemours, segundo-gémito de Luis Felipe.

Pero el Gobierno francés participó de antemano que de ser elegido para el trono belga el duque de Luxemburgo, sería este hecho considerado por él como un acto de hostilidad, y se procedió á la elección del de Nemours.

A este efecto, pasó á París una comisión belga, con la misión de ofrecer la corona de Bélgica á aquel joven príncipe, al par que de impetrar el consentimiento de Luis Felipe.

Este por su parte deseaba vivamente, como interés dinástico, conseguir para su familia la corona de Bélgica, pero temiendo también enagenarse, con la aceptación, la amistad de Inglaterra, creyó que la conferencia de Londres se pronunciaría en favor de Holanda y que por consiguiente daría de rechazo un solemne chasco en contra de su familia, de suerte que Luis Felipe, en vista de esto, declinó ante la comisión belga la elevada honra que se pretendía dar á su hijo.

Por lo tanto, Bélgica se encontró sin rey cuando más seguro creía tenerlo; pero Inglaterra le propuso que tomara al príncipe de Sajonia Coburgo, viudo de una princesa inglesa, que fué aceptado por los belgas, y el nuevo soberano Leopoldo I recibió oficialmente á la comisión belga en Londres el día 26 de Junio, entrando en Bruselas el 31 de Julio.

El rey Guillermo, descontento por el resultado de la conferencia de Londres en que veía solamente el triunfo de la egoísta política del Gabinete de San James, denunció el armisticio y de nuevo comenzaron las hostilidades, con el hecho de apoderarse el príncipe de Orange de la ciudad de Diest el día 5 de Agosto.

Siete días después el ejército holandés, bajo los muros de Louvain batía á los belgas, al frente de los cuales iba Leopoldo.

La confusión que reinaba en Bruselas era extraordinaria, cuando se tuvo noticia de la llegada de un ejército francés. El general Gérard al frente de cincuenta mil hombres pasó la frontera, con encargo expreso de defender los acuerdos y resoluciones de la conferencia de Londres.

Los primeros momentos fueron de alarma para Inglaterra, pero no tardaron en degenerar en satisfacción, puesto que los holandeses en vez de resistirse se retiraron, y los franceses evacuaron el país invadido.

La conferencia de Londres de nuevo empezó sus trabajos, y formando otro tratado en virtud del cual se repartía el Liemburgo y el Luxemburgo entre la Holanda y la Bélgica, cargó á ésta un tercio de la deuda común.

Pero Guillermo, del mismo modo que la vez primera, se negó á respetar el tratado, á tal punto, que ni siquiera ordenó desalojar las plazas ocupadas por sus tropas y que correspondían ya á los belgas.

Semejante obstinación por parte del Rey que se atrevía á ponerse al frente de cinco de las más grandes potencias, estuvo á punto de romper la conferencia de Londres; pero la Gran Bretaña y Francia pusieron de acuerdo y convinieron en fijar un plazo, después del cual, se emplearía la fuerza para reducir al Rey.

Pero á pesar de todo, el plazo cumplió el 22 de Octubre de 1833, y el Rey continuaba el mismo que antes.

Esto que más visos tenía de insulto que de otra cosa, sublevó el ánimo de los soberanos inglés y francés, y el día 15 de Noviembre, mientras una flota de aquél bloqueaba el Escalda, un ejército de setenta mil franceses penetraba en Bélgica.

Procedióse inmediatamente á la formación de los campamentos de guerra, fortificaciones y trincheras, empezándose por fin el fuego el día 2 del mes de Diciembre, y después de abrir brecha los sitiadores el día 14 cayeron en su poder algunos trabajos de avanzada.

El bombardeo prosiguió de día en día con más vigor, hasta que el 23, el comandante de la Ciudadela, general Chassé, capituló saliendo libre toda la guarnición sitiada después de haber depuesto las armas. Al mismo tiempo que esto sucedía, un destacamento francés arrollaba á dos mil holandeses atrincherados tras el dique de Doel.

También en Inglaterra hubo conatos de una revolución, que si no produjo los disturbios que en otros países, fué debido á no encontrar eco en el pueblo práctico y justo inglés.

El día 26 de Junio de 1830 había fallecido Jorge IV y su sucesor Guillermo IV, no quería al partido conservador realista, y en consecuencia tampoco quiso apoyar al ministerio que Wellington presidía. Este por otra parte se resistió á las peticiones de reformas, por lo que se enagenó las clases inferiores, dando esto lugar á sangrientas revueltas que acabaron por quebrantar su autoridad algún tanto desgastada, y por hacer que el Parlamento le abandonase.

De aquí vino la constitución de un nuevo Ministerio, por el jefe de los liberales reformistas lord Grey, llamando á John Rusell y al célebre Brougham, cuyo Gabinete presentó á la Cámara de Diputados, el 1.º de Marzo de 1831, un proyecto de reforma que respondía á la vez, así á los deseos de los progresistas como á los instintos conservadores.

El derecho de elegir á los diputados, solamente lo tenían los propietarios de bienes alodiales que pagasen diez libras esterlinas de contribución, los

arrendatarios que lo fuesen durante sesenta años, y los que en las ciudades pagasen un arriendo de diez libras.

Este proyecto fué adoptado por la Cámara de los Comunes el día 19 de Abril de 1831, y por el Senado el 4 de Junio de 1832.

Dos años después de la reforma electoral, Inglaterra abolió en sus colonias la esclavitud de los negros, cabiendo esta gloria de emancipación al sucesor de lord Grey, lord Melbourne, otro jefe de los liberales reformistas.

En el transcurso del mismo año 1834 y algunos meses después de haber decretado la emancipación de los esclavos, el mismo Ministerio introdujo en la legislación del pauperismo, las modificaciones que gravísimos abusos venían reclamando desde hacía mucho tiempo.

Finalmente, la muerte de Guillermo IV, acacida el día 20 de Junio de 1837, dió el trono á su prima Victoria, que todavía reina desde entonces.

Desde el año 1808, gobernaba la Turquía un soberano reformador que comprendía las ventajas de la civilización europea, procurando regenerar á los turcos á pesar del disgusto que les causaba el tener que abandonar sus usos y costumbres.

El sultán á que nos referimos, Mamud Kan II, era un príncipe animoso é inteligente, que había tenido que sostener contra Rusia la guerra que terminó con el tratado de Bucharest en el año 1812, luchar contra la Servia y combatir la insurrección griega.

Era tal su propósito de realzar el imperio que regía, que sin parar mientes en los desastres que le amenazaban, puso en ejecución sus planes, hasta el punto de que su reinado, puede decirse que no fué otra cosa que una lucha no interrumpida con el extranjero, sus vasallos, sus soldados y sus empleados.

El año 1826 abolió la terrible milicia de los genízaros, contra la que hubo de sostener una encarnizada lucha en la capital; pero libre por fin de los obstáculos que aquéllos oponían á sus mejoras, Mamud tuvo que vencer las preocupaciones de todo su pueblo para organizar otro ejército, al par que introducir en la administración turca los usos europeos.

Cuando el cólera se cebó en Constantinopla, arrojó las opiniones fatalistas de sus súbditos, instituyendo los lazaretos en que los viajeros eran obligados á hacer cuarentena.

Las insurrecciones, los incendios y las conjuraciones se sucedían con pasmosa frecuencia, pero Mamud, á despecho de todo, abrió escuelas para la

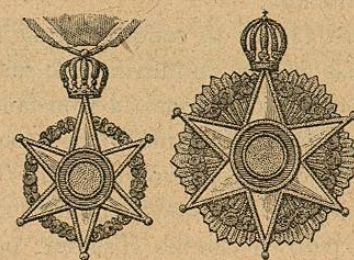
instrucción de oficiales y trabó relaciones regularizadas con las potencias occidentales enviando un embajador á Francia.

Volvió de Nicomedia en un vapor austriaco, y dando comienzo á largas excursiones, visitó la mayor parte de su imperio, declarando que el fin que con esto se proponía no era otro que el hacer reinar

una perfecta armonía entre todos sus súbditos sin distinción de clases ni de cultos.

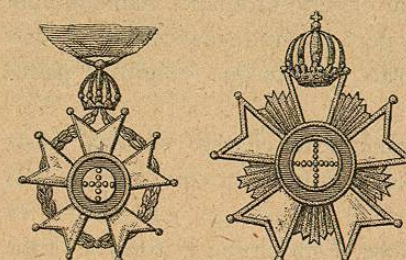
No contento con esto y pareciendo á Mamud insuficiente el Corán para la Jurisprudencia, mandó redactar un código de leyes en el año 1838, haciendo penetrar los periódicos en Constantinopla, así como igualmente toda clase de obras instructivas de los

BRASIL



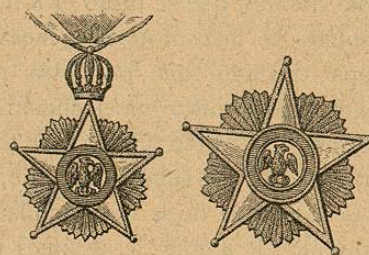
Orden de la Rosa

BRASIL



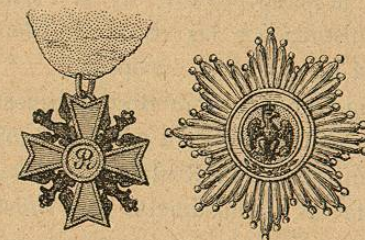
Orden del Cruceiro

BRASIL



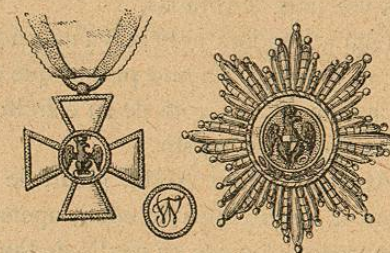
Orden de Don Pedro

PRUSIA



Orden del Aguila Negra

PRUSIA



Orden del Aguila Roja

PRUSIA



Orden del Mérito militar

PRUSIA



Orden de la Cruz de hierro

principales países de Europa. Tomó también á su servicio cuatro médicos alemanes y fundó una escuela de Medicina, cuyas reformas fueron otros tantos triunfos alcanzados sobre el fanatismo y la ignorancia de aquel país.

Sin embargo, á pesar de su energía, el sultán no pudo mantener la integridad de su imperio ni

le fué posible impedir la separación de la Grecia y la Servia que se emanciparon apoyadas por los rusos, y faltó también muy poco para que Egipto no rompiera los lazos que le unían á Turquía por entonces.

En la situación en que se hallaba, Mamud pidió auxilio al Egipto para someter á la Grecia, pero